

Recepción / Received: 4 de enero de 2022
Aprobación / Approved: 11 de mayo de 2022



NUYORICANS O LA GÉNESIS DE UNA IDENTIDAD HÍBRIDA FRUTO DE LA TERRITORIALIZACIÓN ESTADOUNIDENSE DE LOS MIGRANTES PUERTORRIQUEÑOS Y SU RETROALIMENTACIÓN CULTURAL CON LA ISLA

NUYORICANS OR THE CREATION OF A HYBRID IDENTITY BECAUSE OF AMERICAN TERRITORIZATION BY PUERTO RICAN MIGRANTS AND THEIR CULTURAL FEEDBACK WITH THE ISLAND

Endika Basáñez Barrio^a

^a Universidad del País Vasco/ Euskal Herriko Unibertsitatea UPV/EHU. Vitoria-Gasteiz, España. endika.basanez@ehu.eus

*Soy el desarrollo en carne viva.
Un discurso político sin saliva.*

Calle 13, "Latinoamérica"

Resumen

A través del presente artículo nos disponemos a analizar la génesis de las identidades duales de los migrantes puertorriqueños en Estados Unidos a través de los movimientos migracionales secuenciales, que han permitido su territorialización de barrios del noroeste estadounidense, fundamentalmente Nueva York, a la vez que han mantenido la retroalimentación cultural con la isla en el eje histórico. De esta forma, pues, se examina la aparición de la identidad del nuyorican o neorrican a partir del hyphen que les permite mantener su vínculo político con los Estados Unidos y, a su vez, la cultura caribeña de su origen étnico, conformando así una identidad híbrida. Se repasan también las formas artísticas producidas por el grupo político-artístico denominado como los Young Lords, que redefinieron su propia autorreferencia como grupo poblacional transnacional y la violencia que, su defensa a ser subalternos ante una incesante fuerza de homogeneización cultural, les acarreó.

Palabras clave: nuyorican; identidades duales; migración; Estados Unidos; Puerto Rico.

▼ Autor para la correspondencia

endika.basanez@ehu.eus

Abstract

Throughout the following lines we aim to analyze how Puerto Rican migrants have developed a hybrid identity in the United States because of their territorialization of American barrios, most of them in the northwestern part of the country, and their cultural feedback with the island through their history. Thus, we try to depict the way that the hyphen lets them keep their Caribbean heritage within their cultural identity and yet, at the same time, their political association with the American nation as their political identity. Also, artistic pieces of work will be addressed in order to highlight how they have helped nuyoricans to redefine their own autoreference and also the different forms of violence they have faced in their attempt to fight for the recognition of their cultural diversity in the American society. Those that will be primarily analyzed will be the ones that Young Lords carried out that hold a testimonial purpose of their experiences as an alien group in their new homeland.

Keywords: nuyoricans; hybrid identities; migration; United States; Puerto Rico.

1. Introducción

A diferencia de lo que ocurre con el resto de Estados hispanoamericanos, cuando damos pie al análisis de las relaciones entre la isla de Puerto Rico y los Estados Unidos, el examen nos resulta ciertamente problemático, cuando menos, ya que dicha isla fue incorporada automáticamente al territorio estadounidense tras la pérdida de la guerra hispano-americana en 1898 y, desde esta fecha, la isla ha pasado por diversas asociaciones legales que la han mantenido siempre bajo la soberanía norteamericana. Si nos adentramos con mayor detalle en la historia de la isla antillana comprobaremos que los individuos puertorriqueños han sido, siempre en términos legales, ciudadanos norteamericanos desde 1917, tras la aprobación del Acta o Ley Jones por parte de los poderes políticos de Washington D.C. y así la aprobación del Estado Libre Asociado (ELA) ya en 1952 constataba al fin y por escrito la cesión de la soberanía geo-política a los Estados Unidos para convertirse en un Estado de estos. Sin embargo, Puerto Rico, aunque ganara cierta autonomía de forma oficial, no pasó a ser un Estado con las mismas condiciones como los que ya conformaban el conjunto del gigante estadounidense, es decir, tal y como dicho pacto indica es un Estado libre (es “parte de” pero es, a su vez, “libre”) y asociado (por lo que, por ejemplo, no puede votar al presidente norteamericano aunque, sin embargo, sí debe someterse a él), conformando así una oficialidad poco esclarecedora para el destino político de la “Isla del Encanto”:

Estado Libre Asociado fue el nombre que se le dio al sistema de gobierno bajo el cual, desde el 25 de julio de 1952, Puerto Rico comenzó a gobernarse a sí mismo. En la fórmula se ratificaban los conceptos de autogobierno y de unión permanente con los Estados Unidos. La constitución no le cerraba el paso a la independencia o a la estatidad, ni a un posible desarrollo de la fórmula autonomista que consolidara el gobierno propio dentro de la unión permanente con los Estados Unidos (Picó, 1988, p. 270).

En inglés, por su parte, el término que define la relación entre ambos es “American”, –que la diferencia de la de Gran Bretaña, Commonwealth–, bajo el que también se hallaban otros territorios aglutinados por el poder político estadounidense como Filipinas –al igual que Puerto Rico, fagocitada por el gigante norteamericano tras la guerra hispano-americana hasta lograr su independencia hacia la mitad del siglo XX–. En términos culturales, Puerto Rico se ha mantenido fiel a su hispanidad y/o latinidad, tal y como ocurre con las antiguas posesiones caribeñas del Reino de España como Cuba o la República Dominicana, si bien el inglés es lengua cooficial de la isla fruto de su estatus político con los Estados Unidos. De esta forma, sus raíces étnicas y culturales beben de su pasado colonial europeo (español), africano (debido a la trata de esclavos) y taíno (autóctono) conformando así una caribeñidad hispana compleja, que la diferencia de otras islas próximas como el caso de Jamaica (antigua colonia británica) o Haití

(francesa). Ante dichas características definitorias, la vinculación política histórica de la isla con Washington D.C. convierte a la isla en un caso único no solo en la región caribeña insular, sino en el conjunto de toda Latinoamérica.

2. Discusión

La adquisición de la ciudadanía estadounidense a través de la aprobación de la Ley Jones en 1917, ha permitido así a los boricuas desplazarse desde comienzos del siglo XX al otro lado del estrecho de la Florida de forma legal (lo que, en ningún caso, apunta a una fácil integración en la cultura del anglo, sino simplemente “legal”) originando así grandes movimientos humanos desde San Juan a, principalmente, la costa este estadounidense, espacio al que también se irán sumando ya, en la segunda mitad del siglo XX, otros pueblos caribeños como Cuba o la República Dominicana. Una de las épocas de mayor migración boricua a tierra norteamericana tuvo lugar, de hecho, entre 1946 y 1965, periodo este conocido como “La Gran Migración Puertorriqueña”, donde más de 600.000 individuos (Icken Safa, 1998, p. 20) emigraron en un éxodo sin precedentes en la historia y se asentaron en las grandes ciudades del noreste norteamericano, especialmente, en la ciudad de Nueva York. Entre las causas de dicho éxodo se halla la puesta en marcha de la llamada “Operación Manos a la Obra” (o Bootstrap, en inglés) por parte del gobierno de Washington D.C., con el beneplácito de su homónimo puertorriqueño, que consistía en industrializar la isla, típicamente agrícola, de forma inmediata lo que, lejos de acarrear oportunidades laborales para los boricuas, se tradujo en un desastre que originó grandes cambios económicos en la sociedad sincrónica: los jíbaros (campesinos autóctonos) se vieron en apuros para continuar su trabajo en los campos por lo que se desplazaron a la ciudades en busca de oportunidades en las nuevas fábricas, a la vez que estas comenzaban rápidamente a dar muestra de una relevante incapacidad de competir con las grandes potencias mundiales, a la par que mostraban una necesidad sine qua non del capital estadounidense. Finalmente, el aumento de un significativo desempleo dio paso así a una migración de índole económica en

la isla entendida esta como línea de fuga (Deleuze, 2007, pp. 124-167) frente a la escasez de empleos debido a la “Operación Manos a la Obra”. El impacto de la presencia migrante boricua originó, a su vez, una literatura propia encargada de testimoniar las vivencias de los desplazados al otro lado del estrecho de la Florida que en la actualidad testimonian las particularidades del éxodo:

Fueled by policies as such as Operation Bootstrap on the island, hundreds of thousands of Puerto Ricans came to New York and other parts of the United States in search of work. During this period, the experience of migration and the growing community in New York became major themes in Puerto Rican literatura [...] Puerto Rican writers such as René Marqués, Enrique Laguerre, and Emilio Díaz Valcárcel traveled to New York to witness the growing community (Pérez-Rosario, 2010, pp. 8-9).

Como resultado de los movimientos migratorios, las grandes ciudades del noreste norteamericano como Nueva York, Nueva Jersey o Filadelfia vieron florecer comunidades de migrantes puertorriqueños a través de procesos de desterritorialización isleña y territorialización continental, convirtiéndose la Gran Manzana en tótem de la presencia boricua en Estados Unidos, dado el elevado número de migrantes que hallaron lugar en dicha ciudad y la notabilidad que típicamente han adquirido todos los acontecimientos que han tenido lugar en esa ciudad estadounidense. No obstante, la migración puertorriqueña significativa hacia los Estados Unidos encuentra su primer documento ya a comienzos de 1900 con la partida de grupos de trabajadores hacia Hawái (Álvarez, 1998, p. 197) por lo que la presencia laboral del boricua en tierra norteamericana se halla, prácticamente, de forma sincrónica a la toma de posesión de la isla por parte del gobierno norteamericano. De esta forma, el contacto intercultural para los isleños migrantes ha sido una realidad tangible desde comienzos de la nueva forma de Estado para la isla que, en efecto, ha ido viendo crecer la población migrante de forma secuencial hasta la aparición de grupos poblaciones que han territorializado barrios enteros de ciudades como Nueva York. Así, pues, East Harlem (ahora, Spanish Harlem o

El Harlem Español) pasa a ser una proyección de la vida boricua en pleno Manhattan, donde las constantes olas migratorias han impedido la inculturación (Ortiz, 1987, pp. 91 y ss.) anglófona total del migrante hispano-caribeño. Sin embargo, los núcleos migrantes en Estados Unidos se han visto irremediablemente obligados a inculturizarse parcialmente de la idiosincrasia hegemónica de su nuevo hogar, la del anglo-estadounidense, incluso abandonando parcialmente la suya o, lo que es lo mismo, exculturizándose de la de su origen cultural. Este proceso va siendo poseedor de mayor fuerza a medida que las segundas y terceras generaciones se ven expuestas a la cultura del individuo anglo que inunda los poderes políticos y económicos privilegiados de los Estados Unidos donde, además, existe un rechazo a la cultura hispana considerada prácticamente hasta la actualidad como una lengua propia de los guetos de migrantes, si bien la anglófona precisa indisolublemente de esta, a su vez, para conformarse como la cultura de prestigio en tierra norteamericana.

Los procesos de territorialización dentro de los confines continentales, acompañados de la inculturación de la idiosincrasia del anglo por parte de los desplazados económicos y sus sucesivos, han dado lugar a la aparición de una nueva identidad que surge como fenómeno sociológico debido a la naturaleza de la antropología humana o, lo que es lo mismo, fruto de la migración y la inculturación que bebe de ambas culturas: la del origen étnico y la hegemónica en el lugar territorializado. Así, en el caso de los puertorriqueños, las constantes migraciones secuenciales hacia Estados Unidos no han permitido una absorción completa de los migrantes, pero tampoco han podido impedir la supervivencia de estos en su nuevo medio a través de una inculturación parcial. De esta forma, surge pues la identidad *nuyorican* o *neorricana*, como la suma de los términos ingleses de New York y Puerto Rican, lo que designa el origen étnico de los migrantes a la vez que su destino, haciendo así hincapié en la dualidad de su identidad. Su etimología muestra pues la vinculación de los migrantes puertorriqueños hacia la ciudad de Nueva York, aunque, con el devenir de los tiempos, el término se ha alejado de dicha ciudad

para ser empleado a todo boricua nacido en tierra estadounidense, como término definitorio del boricua desplazado poseedor de la cultura del anglo. De forma nada anecdótica, la génesis del pueblo *nuyorican* en Estados Unidos halla en la autorreferencia del pueblo caribeño su raíz cultural debido a los continuos procesos de retroalimentación entre los isleños y los migrados por lo que resulta ahora de vital importancia entender cómo se originan los procesos de autorreferencia de los grupos étnicos, que incluso en el caso de los *nuyoricans*, superan la barrera física y mental de los límites isleños para recrear en ella su identidad cultural.

3. Método: Sobre la autorreferencia del imaginario colectivo nacional a través de la historia

A lo largo del capítulo “La construcción de la identidad colectiva en las sociedades modernas”, publicado en la obra analítica de índole sociológico *Identidades Culturales*, el profesor Beriain se propone establecer un estudio diacrónico que permita explicar de manera coherente la aparición y el desarrollo de una identidad compartida por el colectivo social en el transcurso de la historia de la humanidad, y cuáles son los mitomotores o ideas-fuerzas que participan en la creación de dicha identidad colectiva. Cabe resaltar que para realizar su estudio el profesor parte de las nociones expuestas por intelectuales de gran transcendencia en el pensamiento occidental como E. Durkheim, T. W. Adorno, E. Lévinas, P. Levi o E. Wiesel, lo que dota a su trabajo de gran calidad en sus referencias y heterogeneidad teórica. En efecto, el investigador vasco se propone explorar los orígenes de las identidades colectivas en las sociedades primitivas y analizar así sus características y evolución posterior con la aparición de las realidades nacionales. De esta forma, pues, Beriain examina los diversos elementos que participan en la génesis de la identidad colectiva en las primeras sociedades, ejemplificados a través del lugar de nacimiento, la lengua o la sangre, es decir, elementos que vienen directamente asociados al individuo a través de su nacimiento y del contexto en que este se produce y no pueden ser, por tanto, alterados por él mismo con su acción voluntaria:

En las sociedades primitivas la identidad colectiva se funda y se construye en torno al lugar de nacimiento, la lengua, la sangre, el estilo de vida. La fuerza de estos hechos “dados” forja la idea que un individuo tiene de quién es y con quiénes está indisolublemente ligado. Estas ataduras [...] son mantenidas a través de procesos de comunicación e intercambio [y] producen [...] un sentimiento solidario de unidad, una conciencia de unidad (Beriain, 1996, p. 13).

Las características del propio individuo lo incluyen así en una determinada identidad colectiva junto con otros que también comparten las mismas peculiaridades, conformando así un grupo que responde a la idea de unidad compartida frente al resto, es decir, aquellos que no presentan las mismas similitudes que dan origen a la conformación del primer grupo. Las características individuales son pues el factor clave en la formación de la identidad colectiva en tanto que estas actúan como el cimiento sobre el que se apoya y construye dicha asociación y que se ve reforzada, además, a través de la homogeneización del colectivo con el mantenimiento de una misma etnia, religión y lengua, impidiendo así la diversidad que origine la disociación de dicha identidad:

Se favorece todo lo que suponga un fortalecimiento de la unidad socio-cultural. Se favorece y se refuerza la homogeneidad étnica, religiosa, lingüística y cultural. Se construyen modos de engarce con la clasificación natural instituida (la tradición) y se suprimen aquellos referentes que no se adecuan a tal tradición compartida. La comunidad ha de ser mantenida “pura” [...] (Beriain, 1996, p. 14).

Precisamente, con el fin de mantener dichas peculiaridades homogeneizadas se evita la influencia del grupo “ellos”, aquellos que no comparten sus características, y se da origen a unos límites territoriales, morales y organizativos para asegurar la existencia de la unidad de dicho grupo (Beriain 1996, p. 14). En efecto, la conformación de la identidad colectiva origina la idea de un “nosotros” frente a un “ellos”, o lo que es lo mismo, todos aquellos quienes no participan de las mismas características del grupo que lo definen como tal. Anecdóticamente, para lo que

el grupo “nosotros” se convierte en “ellos” es exactamente lo mismo que hace que el grupo “ellos” identifique a un “nosotros” (Beriain, 1996, p. 15).

Con el nacimiento de las realidades nacionales, tras la aparición de acontecimientos de suma relevancia histórica como la Revolución Francesa, se da lugar siempre, para el investigador, un trasvase del significado de los elementos en la construcción de la identidad colectiva. De esta forma, la sacralización propia del tótem emblemático se dirige al constructo social priorizando así la nación frente a la imagen del nivel simbolizado de Dios como sustento prioritario de la identidad colectiva; en el mismo sentido que apuntan los preceptos de sus predecesores como el filósofo alemán Hegel y su *Lecciones de estética* (1835) o el sociólogo homónimo Weber con su *La ciencia como vocación* (1919):

[...] se ha producido una transferencia de numinosidad de “lo absolutamente otro” (Dios) a la “alteridad generalizada” (la sociedad), se ha sustituido la presencia de seres sobrenaturales por una sacralización del constructo social del “pueblo de una nación”, la esencia de la nación comparece como Dios secularizado de nuestros tiempos (Beriain 1992, p. 17).

Así pues, la identidad del colectivo se modifica con los acontecimientos políticos propios del transcurso de la historia hasta generar una identidad cultural creada y articulada en torno a la autoconcepción del grupo frente a los vínculos propios de las sociedades primitivas que venían “dados” al individuo. En el caso concreto de las naciones, en gran medida, además, la génesis de la identidad colectiva en grupos específicos nacionales que se autorreconocen como tal, se construye sobre el sentimiento de familia de sus componentes, de comunidad creada por sí misma en la que se prioriza el factor emocional frente al racional: “La nación logra instituirse como unidad sociocultural substituyendo la comunidad natural de sangre, de origen étnico, por la comunidad de símbolos socialmente creados y concreados” (Beriain 1996, p. 23). Los participantes de dicha identidad colectiva se autorreconocen así como actantes de su historia en común (Beriain,

1996, p. 24), lo que refuerza la idea de pertenencia a dicho grupo. De esta forma, se comienza a originar una clara distinción entre identidad estatal, referida a la nación política, e identidad cultural, basada en códigos –precisamente– culturales. La aparición de las diversas identidades origina en la actualidad una serie de movimientos etnonacionales como motor del conflicto identitario (Berriain, 1996, p. 43) en muchas de las naciones de la vieja Europa, como el caso, por ejemplo, de los vascos (no en vano, Berriain coordina la publicación *La cuestión vasca*. Claves de un conflicto cultural y político) así como, evidentemente, en países que han recibido grandes oleadas migratorias de diversos grupos étnicos como el caso de los turcos en Alemania o el individuo puertorriqueño en Estados Unidos. De esta forma, pues, el boricua migrado consigue construir su identidad colectiva a través de la autorreferencia que guarda sobre él mismo y la fuerza de los mitomotores recae en elementos como un mismo pasado común (de ahí a gran parte de sus similitudes: raciales, religiosas, culturales, lingüísticas, etc.).

La autorreferencia del boricua, por tanto, no solo recae en aquellos que nacen y viven en la isla sino que las décadas de intensa migración de estos hacia Estados Unidos, ha conformado una población que mira a la isla para hallar su autorreferencia cultural, a la par que la isla no olvida a su parte continental debido a la indefinición de los preceptos del Estado Libre Asociado así como la existencia de relaciones familiares con los migrantes continentales, dando lugar a una nación virtual sin Estado soberano entre la isla y el continente. En este mismo sentido, el catedrático puertorriqueño en sociología, Jorge Duany, quien se ha especializado tanto en las relaciones socio-políticas entre Puerto Rico y los Estados Unidos, como en la defensa de su propia identidad alterna como proceso de resistencia frente a la cultura anglo-estadounidense hegemónica, apunta a dos conceptos ciertamente relevantes y parlantes per se, como son el nacionalismo político afín a los Estados Unidos y el nacionalismo cultural próximo a la cultura hispano-caribeña. Duany introduce esta teoría de forma coherente en su “Nación, migración, identidad. Sobre el transnacionalismo a

propósito de Puerto Rico”: “[...] paradójicamente esta situación intersticial, en vez de debilitarla, ha fortalecido la identidad nacional boricua” (2002, p. 60). Así pues, el catedrático, explica que la relación entre los puertorriqueños y la nación estadounidense puede hallar respuesta a través de un nacionalismo político donde no se requiere de la escisión de dichas relaciones políticas en tanto que el “apego popular [de ser puertorriqueño], sin embargo, no se ha traducido en un apoyo masivo a la independencia, ni siquiera a la libre asociación con EE.UU. El nacionalismo cultural se ha divorciado prácticamente del nacionalismo político” (2002, p. 64). Y, es que, según este, “[...] uno de los impedimentos básicos para la ruptura radical con la condición jurídica actual de la isla es la diáspora. Demográficamente Puerto Rico es una nación dividida, casi la mitad de sus miembros vive fuera del territorio nacional” (2002, p. 64). Esta particularidad facilita así la re-orientación constante entre migrantes e isleños por lo que la adquisición de una identidad cultural caribeña en el caso de los *nuyoricans* no es solo esperable sino prácticamente una consecuencia intrínseca de los puertorriqueños que residen al otro lado del estrecho de la Florida. El caso de Puerto Rico resulta ciertamente complejo en tanto que su imaginario colectivo se recrea así a medio camino entre los migrantes (que, en realidad, no inmigrantes stricto sensu ya que hablamos de un –teóricamente– mismo país), especialmente tras la “Gran migración puertorriqueña” de mitad del siglo XX dados los altos índices de paro en la isla tras el fallido intento de industrialización de esta por parte del gobierno estadounidense, y los propios isleños.

Ha de anotarse, de igual forma, que el nacionalismo cultural desarrollado por Duany se ve originado a partir del cierto grado de autonomía concedido por Estados Unidos en relación a la política ejecutada desde la isla tras la Segunda Guerra Mundial, lo que favorecería la apropiación de símbolos como la bandera, el himno, la figura autóctona del jíbaro como parte de su historia o la lengua española, en su vertiente caribeña, como tótem de su identidad, diversa tanto de los Estados Unidos como del resto de los países latinoamericanos. A pesar así de que

el partido independentista no logre ni apenas una mera representación significativa en el panorama político de la isla (lo que Duany aproxima, en cierto grado, a la noción de nacionalismo político), sí triunfa la representación de puertorriqueñidad (que Duany tilda de nacionalismo cultural) frente a la cultura del anglo:

Mientras que el nacionalismo político ha decaído en la isla, el nacionalismo cultural ha calado hondamente. A través de un amplio espectro de clases sociales, ideologías políticas y grupos raciales, la inmensa mayoría de los habitantes se identifica principalmente como puertorriqueños [...] los puertorriqueños afirman una recia identidad nacional, aunque pocos favorezcan la independencia para su país de origen (2002, p. 65).

Por lo tanto, la condición cultural del puertorriqueño se recrea sobre toda su imaginaria compartida por los isleños y los migrados, lejos de cualquier tratado de naturaleza política (algo que para Duany, como hemos visto, poco tiene que ver con la puertorriqueñidad limitada a la isla). En efecto, dicha distinción ayuda a entender a esta pequeña pero compleja nación, que no es nación política, pero sí es entendida como tal por sus componentes (tanto de aquí como de allá, además).

Esta investigación será ampliada a posteriori por el mismo catedrático en la que estudia, esta vez, las migracionales transnacionales que tienen lugar entre los individuos del Caribe y los Estados Unidos en su *Blurred Borders: Transnational Migration between the Hispanic Caribbean and United States* (2001), publicación nacida de un paper originado para la conferencia “The Caribbean and the United States since 1898: One Hundred Years of Transformation” organizado en la City University of New York en octubre de 1998. En efecto, en esta Duany desdibuja las líneas fronterizas establecidas tanto en entre los diversos Estados (físicas o políticas) como en los sistemas político-culturales por los que típicamente se han diferenciado los mismos (idiosincráticas) para afirmar que dichas limitaciones no han impedido que las migraciones puertorriqueñas hayan dado lugar a nuevas territorializaciones debido a las líneas de

fuga de los migrantes caribeños en tierra estadounidense estableciendo, de esta forma, nuevas poblaciones que establecen lazos con su nuevo medio receptor, pero que a la vez mantienen la herencia y el contacto con las culturas de origen:

Many transnational immigrants (and their descendants) lead bifocal lives, bridging two (or more) states, markets, cultures, and languages. In this way, they challenge dominant discourses of the nation based on the equation between places of birth and residence, between cultural and legal definitions of identity and citizenship, between borders and boundaries (2011, p. 233).

En cierta medida, el catedrático también hace referencia a que estos lazos de los migrantes con su isla de origen han ayudado a “americanizar” el Caribe como consecuencia colateral, a la par que dicho proceso responde, de igual modo, a la globalización que estamos viviendo. Nos encontramos así con una noción ampliada de los preceptos analizados con anterioridad por él mismo para pasar del nacionalismo político y el nacionalismo cultural a la identidad y ciudadanía, apoyada esta teoría, eso sí, en las fronteras que terminan por diluirse para las masas migrantes (de ahí al título *blurred borders*) y cómo estas no rompen los vasos comunicantes con los países y culturas de los migrantes a pesar de su contexto diaspórico. De esta forma, el catedrático concluye que: “In short, transnationalism has redrawn the lines between the Spanish-speaking Caribbean and the United States” (2011, p. 233). Y, en efecto, los movimientos de desplazamientos humanos y los procesos de territorializaciones asociados a tales índices de migraciones han dado lugar así a una nueva realidad boricua en un país anglófono, el *nuyoricano*, que ha “redibujado” las fronteras que distancian a ambos grupos poblacionales en tanto que este, a pesar de la distancia, es parte de su autorreferencia tanto para los migrados como para los isleños.

4. Método II: El hyphen como identidad cultural y política

Además de la existencia de una población diaspórica que presenta una identidad cultural originada

en la isla puertorriqueña, lo cierto es que la propia construcción de la identidad “americana” ha permitido la aparición de identidades duales en Norteamérica, como el caso de los *neorricanos*. En efecto, el experto en filosofía política y profesor emérito de Princeton, Michael Walzer, estudia el caso concreto de la conformación de la identidad de los diversos grupos étnicos en el contexto socio-político de los Estados Unidos y de cuyas conclusiones se extrae la noción de *hyphenation* o identidad dual. De esta forma, Walzer comienza su exposición con el hecho de que los estadounidenses se hayan apropiado del adjetivo “americano”, a diferencia de los mexicanos o canadienses que también lo son, pero emplean sus gentilicios específicos para denominarse. No obstante, el adjetivo americano lejos de resultar un lema explícitamente identificativo, se caracteriza por la inmensa anonimidad que posee de manera intrínseca en él. Resulta así ciertamente difusa la información que el adjetivo puede emitir en el ejercicio de su uso y en ningún caso refleja los orígenes étnicos del individuo:

There is no country called America. We live in the United States of America, and we have appropriated the adjective “American” even though we can claim no exclusive title to it. Canadians and Mexicans are also Americans, but they have adjectives more obviously their own, and we have none. [...] It is a name that doesn’t even pretend to tell us who lives here. Anybody can live here, and just about everybody does [...] It is peculiarly easy to become an American. The adjective provides no reliable information about the origins, histories, connections, or cultures of those whom it designates (Walzer, 2004, p. 633).

Estados Unidos es, de hecho, un país de inmigrantes, un *melting pot*, una suma de grupos étnicos que lo ha poblado y ha conformado el país a lo largo de la historia: desde los primeros colonos británicos hasta las posteriores oleadas migratorias de europeos y asiáticos, además de los africanos y latinoamericanos. Ser americano (del inglés, *American*) resulta así relativamente fácil, cualquier individuo proveniente de cualquier lugar del mundo puede, teóricamente, convertirse en americano, a

diferencia de lo que ocurre en otras naciones. Estados Unidos no es una *patrie*, no es un *homeland*: las familias americanas reconocen sus raíces en la procedencia étnica perteneciente a otros países, no al suyo. Considerar *home* (hogar) a dicho país es pues una opción personal:

[...] the United States isn’t a “homeland” [...], not, at least, as other countries are [...] It is a country of immigrants who [...] still remember the old places. And their children know, if only intermittenly, that they have roots elsewhere. [...] To be “at home” in America is a personal matter (Walzer, 2004, p. 634).

Walzer afirma que dicho país nace de la unión de diversos grupos étnicos que confluyen en él, más que la propia unión de Estados, haciendo así referencia a su motto *E pluribus unum* (y de muchos uno). Ser americano alude teóricamente, siempre según Walzer, a la *citizenship* (ciudadanía), no al origen étnico del individuo: se trata pues de un adjetivo político que explicita la anonimidad étnica de su población. Precisamente, dicha anonimidad referida a ser americano reside en que la suma de los diversos grupos étnicos que lo conforman no transfiere su nombre como colectivo étnico-cultural al resto de los individuos de la nación:

The United States is an association of citizens. Its “anonymity” consists in the fact that these citizens don’t transfer their collective name to the association. It never happened that a group of people called Americans came together to form a political society called America. The people are Americans only by virtue of having come together” (Walzer, 2004, p. 634).

Frente a la distinción netamente política (en tanto que ciudadanía) que ofrece el adjetivo americano, Walzer ofrece una lectura de los *hyphenated Americans*, que el antes referenciado Beriaín reconoce como identidad dual, en la que los orígenes étnicos y culturales de un ciudadano americano no se hallan en dispuesta con la identidad nacional. Se puede ser así americano de orígenes italianos (italo-americano) o americano e hispano (hispano-americano) sin importar la dominancia de los elementos com-

ponentes del sintagma en tanto que el americano del *hyphen* puede vivir en cualquiera de las dos identidades porque ser americano no requiere un compromiso por completo:

[...] in the case of hyphenated Americans, it doesn't matter whether the first or the second name is dominant. [...] Still, an ethnic American is someone who can, in principle, live his spiritual life as he chooses, on either side of the hyphen. In this sense, American citizenship is indeed anonymous, for it doesn't require a full commitment to American (or to any other) nationality (Walzer, 2004, p. 650).

En última instancia, la lectura que Walzer ejecuta sobre la condición identitaria que supone ser americano reside en el pluralismo cultural que viene determinado por la etnia de procedencia del individuo “americano” en tanto que dicho adjetivo parece no responder explícitamente a una identidad cultural, sino nacional. Así, la distinción étnica que precede al adjetivo es la encargada de sustentar la identidad cultural para el ciudadano americano en la que halla sus raíces de origen cultural bajo la noción del *hyphen*. Walzer, por último, alude al caso de las demandas de los ciudadanos americanos de raza negra para ser considerados afro-americanos como un intento de ser representados en el paradigma étnico (2004, p. 653), lo que puede ser extrapolable al resto de grupos étnicos que se han desplazado a tierra estadounidense con posterioridad como el grupo hispano (convertido en hispano-americano). De esta manera, pues, la construcción de la cultura hegemónica de los Estados Unidos permite así dar lugar a una identidad puertorriqueña (identidad cultural) a la par que estadounidense (identidad política) y de ahí a la aparición del *nuyorican* quien halla en el *hyphen* la perfecta unión en la aparente confusión entre la cultura del anglo y del hispano. El *neorricano* ha resultado pues del proceso de adaptación del individuo migrante a su nueva realidad a la vez que permite mantener un vínculo intangible pero permanente con su origen étnico, aspecto este especialmente favorecido dada la particular situación política entre Estados Unidos y Puerto Rico que favorece las relaciones migratorias en ambos

sentidos, tanto en sentido físico como emocional. Mientras la identidad cultural del *nuyorican* reside en la cultura típicamente puertorriqueña, caribeña y latina, su identidad política se aproxima a la idiosincrasia “americana” del anglo, materializada en el uso del idioma inglés y la experiencia de verticalidad estadounidense. La confusión, por tanto, no resulta un obstáculo para la formación de la identidad del *neorricano* sino que refuerza positivamente la identidad cultural heredada a la par que la adaptación del individuo al medio hegemónico del anglo.

Si bien este análisis parece dar así continuidad a las nociones del profesor Beriain para el caso específico de los migrantes en Estados Unidos, debemos resaltar que, no obstante, los postulados de Walzer se centran con especial detalle en los sujetos que no proceden de la Europa anglosajona ya que las siguientes generaciones de estos pasan a ser simplemente “americanos” sin la necesidad de especificar si se trata de ítalo, asiático o hispanoamericano. En efecto, los estudios del profesor han dado lugar a un gran número de debates y de respuestas a sus afirmaciones en la academia: parece pues que no es del todo cierto que ser “americano” sea solo una anotación política y el *hyphenated* una identidad, es más una cuestión clara y ejemplar de hegemonía cultural, que se traduce en poder político y, sobre todo, económico: el hecho de que unos se apropien del núcleo del campo semántico, “americano” hace que otros, precisamente por ser eso, “los otros”, necesiten ser *hyphenated* (de manera más amplia, el ejemplo resulta evidente: mientras existe una “América”, la otra debe ser “América Latina”). Es la misma metonimia-sinécdoque que, en el orden continental, se experimenta con el hecho de que ser “americano” significa ser estadounidense, con la apropiación continental que eso además, conlleva. Lejos de la teoría, en la práctica empírica, dentro de los Estados Unidos el adjetivo “American” identifica prácticamente con exclusividad a los blancos de origen europeo angloparlantes y, para ser más precisos, norte-europeos. Así pues, los individuos *nuyoricans* en Estados Unidos no solo se caracterizan por una identidad nacional y étnico-cultural ciertamente compleja, en tanto que explícitamente

diferenciada de la del “americano”, sino que su experiencia en el nuevo medio no se ve alejada de actitudes racistas, xenófobas y violentas. Esta particularidad dio pie, de hecho, a la aparición de grupos político-culturales de *nuyoricans* que reclamaron su lugar en Estados Unidos, así como la necesidad de ser visibilizados ante la presión de la tendencia homogeneizante del anglo en el país.

5. Método III: El producto artístico *nuyoricán* como reforzador positivo de su identidad

Los escritores *neorricanos* han sido objeto de estos procesos de exclusión social debido a la defensa de su identidad cultural caribeña, por lo que su literatura se ve inequívocamente influida por estos hechos, convirtiéndose así la recreación de su identidad en el contexto socio-político hegemónico estadounidense en una constante de su material narrativo. De esta forma, pues, la escritura pasa a convertirse para muchos de los autores *neorricanos* en activismo de resistencia identitaria, manifestado con mayor o menor relevancia en las obras de ficción, pero de manera constante (lo que termina por convertirlo, de hecho, en tradición particular de dicha literatura) a la vez que su producción detalla la exclusión de la que son objeto por no cumplir con una identidad cultural y nacional estrictamente “americana”. De esta manera, la aparición de los Young Lords como grupo político y artístico reivindicativo, surgido en el barrio de Lincoln Park de Chicago, que se movió a medio camino entre la legalidad y la protesta pública a cualquier precio (a veces en los bordes del cumplimiento de las normas civiles en pro de la difusión de sus reivindicaciones), puso en el centro de sus propuestas la denuncia de las condiciones de precariedad e insalubridad de los *nuyoricans* y otros grupos hispanoamericanos que habitaban los barrios hispanos de ciudades como la de Nueva York. Asimismo, y a pesar de nacer en Chicago, los Young Lords se fueron extendiendo así hasta Nueva Jersey y Nueva York a la par que a otras ciudades tanto de los Estados Unidos como de Puerto Rico, conformando así un auténtico entramado que operaba a lo largo de sendos estados bajo la dirección principal del puertorriqueño José “Cha cha” Jiménez, que también participaba en la Cru-

sade for Justice del pueblo chicano (Ruiz y Sánchez Korrol, 2006, p. 491), lo que demuestra la unión de la lucha de ambos pueblos, chicano y *nuyoricán*, en la visibilidad de su situación como sujetos alternos en los Estados Unidos de la década de 1960. En efecto, la unión de la activista puertorriqueña Iris Morales con Cha cha Jiménez en un evento de la Cruzada de Corky Gonzales en Denver se materializa a la ampliación de la ramificación de pequeños grupos activistas englobados en los Young Lords:

In 1968 Morales encountered “Cha cha” Jiménez during a Crusade for Justice Conference in Denver, Colorado, and shortly thereafter was inspired to star a chapter of the Young Lords Party in New York City with a symbolic base in El Barrio (Ruiz y Sánchez Korrol, 2006, p. 491).

Lo cierto es que, al igual que el pueblo chicano se moviliza al sufrir la precariedad laboral en el campo y la ausencia de una identidad propia frente a la hegemónica del anglo, el pueblo *neorriqueño* hace lo mismo debido a la discriminación sufrida por estos en su propio país (recordemos que la identidad política no se ve condicionada por la cultural, y viceversa) y sus condiciones de vida en los barrios latinos de ciudades como el barrio de East Harlem (Spanish Harlem) en Manhattan, ciertamente deplorables:

While the Young Lords held some existing neighborhood organizations in contempt for their narrow focus on urban renewal and planning, their earliest work focused primarily on the conditions of the urban environment. Their first main action was to turn the filthy conditions of the streets into a political struggle. Exposing the Department of Sanitation’s neglect of Spanish Harlem, in late July 1969 the Lords launched a “garbage offensive”, organizing large crews to dispose of neglected garbage bags, clean out empty lots, and sweep the streets (Watson, 2018, p. 181).

La especulación inmobiliaria también actúa a favor de los desahucios de los *nuyoricans* de sus barrios neoyorquinos, lo que empuja a estos a una peor situación vital en Estados Unidos. De esta forma, pues, se ejecutan las bases sobre las que van a ramificar

sus acciones los Young Lords empleando para ello todas las herramientas a su alcance: entre ellas, claro, la literatura. En efecto, con dicho propósito se origina la revista del grupo, bajo el título *Pa'lante*, o los recitales de poesía promovidos por estos en sus reuniones con la participación incluso del padre del movimiento *nuyoricano*, Pedro Pietri, en su sede en el *Nuyoricans Poets Cafe* en Manhattan, cuyas creaciones serían luego recogidas en antologías homónimas con la inclusión de poema cumbre: “Puerto Rican Obituary” (1969), publicado en *Pa'lante: Young Lords Party* en 1971. Al igual que Corky Gonzales y su “I am Joaquin”, “Puerto Rican Obituary” se convirtió en emblema del movimiento *nuyoricano* en Estados Unidos y de los Young Lords:

In the summer of 1969, Pedro Pietri [...] stood up at one of the first Young Lord rallies and read from “Puerto Rican Obituary” a poem about the complex relationship between New York and Puerto Rican identity. [...]. Today, the *Nuyoricano* poetry remains a testament [...]. Some have suggested that Pietri’s poem helped launch this movement (Shepard, 2012, p. 51).

Lo cierto es que el fin del grupo se vio precipitado por la persecución de Cha cha Jiménez, así como de otros miembros, por parte de las autoridades estadounidenses, incluido el FBI, y la deriva de muchos de los componentes hacia el mundo de las drogas, las peleas callejeras debido a su incorporación a las gangas (del inglés *gangs*) y otras actividades ilícitas: “The Young Lords did not last much past the early 1970s. Like many activist groups from that era, they were hounded by government provocateurs until they ground to a halt” (Shepard, 2012, p. 52).

No obstante, la existencia y las repercusiones de las manifestaciones de los Young Lords consiguieron, por un lado, poner en relieve la situación de desamparo y discriminación de los *nuyoricanos* en Estados Unidos al público general debido a su defensa a ser culturalmente diferentes y, por otro, conseguir un lugar para una literatura combativa que impedía la absorción del *neorricano* por parte de la cultura hegemónica anglo-estadounidense cuyo ejemplo más trascendental es, en efecto, Pe-

dro Pietri. De esta forma, pues, las manifestaciones de grupos socio-políticos, como Young Lords, al igual que el Teatro Campesino chicano o la Cruzada por la Justicia que, como hemos analizado, se ligan con la ramificación de los Young Lords a lo largo de los Estados Unidos (Cha cha Jiménez participaba activamente en actividades de la Cruzada), consiguieron alcanzar mayor visibilidad para los pueblos (cultural y étnicamente) hispanos en Estados Unidos y dieron lugar a un espacio de creación artística combatiente que redefiniría y defendería su presencia como pueblos con sus propias particularidades identitarias frente a la cultura hegemónica sincrónica de las primeras décadas de la segunda mitad del siglo XX en tierra estadounidense. La imagen del *nuyoricano* ofrecida en su producción, además, ayudaría a reforzar positivamente su propia autorreferencia como parte del pueblo puertorriqueño, si bien migrado, aunque para ello no renegase del uso de la lengua inglesa o su permanencia en Estados Unidos, lo que pone en relieve que su identidad cultural se halla en la isla (o, mejor dicho, en la autorreferencia creada por el colectivo de los boricuas), no así la política en tanto que *nuyoricano* y no boricua. La literatura incide, por tanto, en la defensa de su identidad cultural ante la demanda intangible de homogeneidad idiosincrática hacia la cultura del anglo a la que se ven abocados en el país norteamericano.

6. Conclusiones

La particular relación que ha mantenido (y mantiene) la isla de Puerto Rico con los Estados Unidos ha facilitado los movimientos migratorios entre los boricuas y la costa este de los Estados Unidos, fundamentalmente la ciudad de Nueva York, desde comienzos de la década de 1900, coincidiendo así, prácticamente, con la toma de soberanía de la isla por parte del país norteamericano. Los consabidos procesos de territorializaciones de los migrantes en Estados Unidos han permitido así nutrir grandes núcleos poblacionales de desplazados que han conseguido vencer a la transculturación total del migrante hacia la cultura hegemónica del nuevo medio a través, a su vez, del mantenimiento secuencial de las migraciones humanas pero, espe-

cialmente, a la particular relación entre Washington D.C. y San Juan (Estado Libre Asociado). Dicha característica ha generado como fenómeno sociológico la aparición de identidades duales de los boricuas migrados a tierra estadounidense debido a la posibilidad de las identidades duales del individuo norteamericano, en términos políticos, y su convivencia con el origen étnico del mismo. El estudio del *hyphen* de este permite, así, atender a un doble origen: tanto la cultura de procedencia, que conforma la identidad cultural del mismo (si bien puede conllevar exclusión y otras formas de segregación) como la identidad política propia del medio estadounidense. Lejos de producir confusión, el pueblo puertorriqueño ha conformado a ambos lados del estrecho de la Florida un imaginario nacional autorreferencial que no rehúsa de los boricuas migrados a zona continental, sino que se nutre del conjunto de ambos grupos poblaciones. Es así, pues, como surge una nueva identidad a medio camino entre ambos pueblos: los *nuyoricans*, que si bien en su origen bebe de los nacidos en la ciudad de Nueva York poco a poco comienza también a ser aplicado por analogía a todos los boricuas que han nacido en tierra estadounidense. Estos no reniegan de su origen étnico, sino que lo toman como parte de su identidad en un claro posicionamiento ideológico que enfatiza su negación a ser absorbidos en su totalidad por la cultura hegemónica en los Estados Unidos, convirtiéndose en una minoría étnica que no desdibuja su origen, sino que amplía la nación puertorriqueña a la transnacionalidad, aspecto este que también puede ser aplicado en el análisis de nuevos imaginarios transnacionales en el caso de otros grupos étnicos como los mexicanos o dominicanos migrados a Norteamérica para examinar la contribución de estos en la autorreferencia de sus naciones.

En efecto, la aparición del individuo *neorricano* pone en evidencia la necesidad del migrante de hallar en sus orígenes la parte de su identidad borrada por el proceso, precisamente, migratorio (especialmente en Estados Unidos, destino de tantos desplazados políticos y económicos, lo que ha dado lugar a una demografía ciertamente heterogénea). Asimismo,

la actitud combativa del pueblo *nuyoricano* en Estados Unidos a través de manifestaciones que incidían en su visibilidad como parte del pueblo homónimo y la creación de una literatura testimonial propia, ponen énfasis en su necesidad de resistencia ante su diversidad como pueblo de identidad cultural caribeña dentro de la hegemonía del anglo, aunque ello conlleve violencia. En términos políticos reclaman así sus derechos como ciudadanos del país norteamericano a ser parte de él, aunque no se sea como él, a la vez que mantienen un vínculo autorreferencial con el pueblo isleño (y viceversa) lo que, finalmente, da origen a su identidad dual y su conformación, por tanto, como *nuyoricans*.

Referencias bibliográficas

- Álvarez, E. (1998-1999). “La diáspora puertorriqueña en los Estados Unidos”. *Cuadernos del 98. Literatura e identidad*. San Juan: Ateneo Puertorriqueño.
- Beriain, J. (1996). “La construcción de la identidad colectiva en las sociedades modernas”. *Identidades culturales*. Bilbao: Universidad de Deusto.
- (1997). “Dinámicas de estructuración de las sociedades modernas”. *Príncipe de Viana. Suplemento de Ciencias Sociales*, 16, pp. 97-138.
- Deleuze, G. y Parnet, C. (2007 [1977]). *Dialogues II*. Nueva York: Columbia University Press.
- Duany, J. (2002). “Nación, Migración, Identidad. Sobre el transnacionalismo a propósito de Puerto Rico”. *Nueva Sociedad*, 178, pp. 56-69.
- (2011). *Blurred Borders: Transnational Migration between the Hispanic-Caribbean and the United States*. Carolina del Norte: The University of Carolina Press.
- Icken Safa, H. (1998 [1995]). *De mantenidas a proveedoras: mujeres e industrialización en el Caribe*. San Juan: Editorial de la Universidad de Puerto Rico.
- Ortiz, F. (1983 [1940]). *Del fenómeno social de la “transculturación” y de su importancia en Cuba. Contrapunteo cubano del tabaco y del azúcar*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- Pérez-Rosario, V. (2010). *Hispanic Caribbean Literature of Migration. Narratives of Displacement*. Nueva York: Palgrave Macmillan.

- Picó, F. (1988). *Historia General de Puerto Rico*. San Juan: Ediciones Huracán.
- Ruiz, V. L. y Sánchez Korrol (2006). *Latinas in the United States, set: A Historical Encyclopedia*. Bloomington: Indiana University Press.
- Sephard, B. (2012). *Play, Creativity, and Social Movements: If I Can't Dance, It's Not My Revolution*. Nueva York: Routledge.
- Walzer, M. (2004 [1990]). "What does it mean to be an <<American>>?". *Social Research*, 71, 3, pp. 633-654, Recuperado de <http://macaulay.cuny.edu/eportfolios/vellon2012/files/2012/01/walzer-what-is-american.pdf> (Última revisión: 30/05/2018).
- Watson, N. (2018). *Revolting New York: How 400 Years of Riot, Rebellion, Uprising, and Revolution Shaped a City*. Georgia: University of Georgia Press.

Cita recomendada

Basáñez Barrio, E. (2022). Nuyoricans o la génesis de una identidad híbrida fruto de la territorialización estadounidense de los migrantes puertorriqueños y su retroalimentación cultural con la isla. En: *Imagonautas*, Nº 15 (2), pp. 22-34.